

lograria el perdón, respondió que la fe del Emperador era ortodoxa, y que había hecho muy bien en celebrar su concilio. Esto es, dijeron los enviados, lo que queríamos oír de tu boca. Anda ahora mismo al anatema y á la reprobacion eterna. Le cortaron inmediatamente la cabeza en el lugar ordinario de los suplicios, y la colgaron de las orejas en la plaza de la Milla. Su cuerpo fue arrastrado por un pie, y confundido entre los de los otros ajusticiados. Arrojaron su cabeza en el mismo lugar al cabo de tres dias.

86. Persiguieron con no menos ardor á los católicos de todos estados, eclesiásticos y legos, obispos y monges, magistrados y simples ciudadanos. Dieron muerte á muchos de los primeros oficiales de palacio por su piedad egemplar, ó solamente por haber alabado la paciencia heroica de San Estévan. A otros les sacaron los ojos, y los desterraron á lugares remotos, en donde para vencer su constancia les daban de cuando en cuando hasta cien golpes con nervios de buey. Pero los monges eran siempre el objeto dominante de la ira del Emperador. Para difamar su profesion de un modo irremediable, despues de haber mandado aprisionar á muchos de ellos, les hizo atravesar el Hippodromo llevando cada uno una muger por la mano á vista de un populacho desenfrenado que vomitaba las injurias más indecentes que pueden imaginarse.

Además del culto de las imágenes, prohibió las oraciones dirigidas á la Virgen y á los Santos. Hizo desenterrar y quemar las reliquias más venerables, y

arrojar al mar el cuerpo de la illustre mártir Santa Eufemia, gloria de Calcedonia, en donde los enfermos solicitaban como remedio seguro de sus dolencias el aceite milagroso que destilaba. Pero el mar, temiendo al parecer prestarse á este sacrilegio, arrojó de su seno el tesoro sagrado, el cual se halló en la isla de Lemnos. Coprónimo transformó la iglesia de la Santa en una fábrica de armas, y los operarios animados como el Emperador de ideas y sentimientos igualmente impíos, destinaron el santuario para los usos más obscenos é impuros. Alojó sus soldados en el monasterio de San Dalmacio, que era el principal de Constantinopla, y en otros muchos arruinando enteramente un número considerable de ellos. Aborrecia á los vasallos que tenían parientes monges, y aun á las personas que llevaban vestido negro, cuyo uso prohibió absolutamente.

87. Cuando San Estévan entró en su prision de Constantinopla, halló en ella trescientos cuarenta y dos monges, presos como él por causa de religion. Unos tenían cortadas las narices, otros las orejas, otros las manos, por no haber querido suscribir al falso concilio. Habian sacado los ojos á muchos. La mayor parte de ellos despedazados enteramente con varas, y raida la cabeza, conservaban todavía algun resto de barba untada con la pez que habia servido para quemársela. El Santo dió gracias á Dios á vista de todos estos vestigios de una generosa confession, y confundido al mismo tiempo de sí mismo, creyó que nada habia padecido todavía. Los confeso-

res por su parte, mirándole respetuosamente como á su gefe y modelo, le rogaron que les diese sus instrucciones, y le manifestaron los secretos mas ocultos de su corazon. Ordinariamente hacian en comunidad los oficios de la Iglesia, y la cárcel vino á ser un monasterio que miraban con admiracion los guardias y carceleros. Uno de los ayudantes dijo á su muger: „yo creo que la locura del Emperador será causa de nuestra perdicion, declarándose contra el cielo como lo hace. Dicen que este solitario viene del monte Ausencio; pero yo creo que es verdaderamente un ángel mas bien que un hombre.” Esta muger, que era muy religiosa, hizo muchas preguntas acerca del modo de vivir del Santo: luego entró en el lugar donde estaba, se postró delante de él, le pidió que rogase por ella, y que llevase á bien el que socorriese sus necesidades. Invocó desde luego á su favor el nombre del Señor; mas no quiso recibir de ella la mas leve espresion, porque la creía iconoclasta y escomulgada. Ella le protestó, que fiel á las lecciones del patriarca San German, habia mirado siempre con horror semejante impiedad. Para convencerle corrió á buscar tres imágenes, la una de la Virgen y las otras dos de San Pedro y San Pablo, y en su presencia les tributó honores religiosos. San Estévan, despues de esta prueba, aceptó de sus ofertas seis onzas de pan y un poco de agua que la religiosa muger le llevaba el sábado y domingo de cada semana. Tal fue el alimento que tomó durante la mayor parte del año que permaneció en aquella prision.

88. Al entrar en ella conoció con luz profética que se acercaba al término de su carrera. Cuarenta dias antes de su muerte hizo llamar á la muger del ayudante, y la dió gracias por los buenos oficios de hospitalidad que habia usado con él, añadiendo: „por cuanto está cerca el fin de mi vida, no debo ya cuidar de otra cosa mas que de mi alma, ni necesito de alimento alguno corporal.” La víspera de su muerte dijo á esta misma persona en presencia de todos los confesores, que al dia siguiente compareceria delante de otro Juez, y seria ciudadano de otro imperio; lo que obligó á todos aquellos santos presos á pasar la noche entera en cantar alabanzas á Dios. Coprónimo celebraba entonces la fiesta idólatra de los Brumales en honor de Baco, llamado Brumo por los antiguos romanos: porque este Principe, tratando de idolatría el culto de las imágenes, se abandonaba á las observancias mas supersticiosas, y aun á los horrores de la magia y del comercio con los demonios. Hallándose sumamente ocupado en el egercicio de estos ritos horribles, en el dia 24 de Noviembre, le dieron la noticia de que Estévan de Ausencio habia convertido el pretorio en monasterio, que pasaban las noches en cantar salmos, y que los habitantes de Constantinopla acudian en gran número para admirarle y recibir sus instrucciones. En el primer ímpetu de su furor mandó sacar á Estévan de la prision, y darle muerte al otro lado del estrecho, en el lugar que habia ocupado la iglesia de San Mauro mártir, asolada poco antes y convertida en una plaza para el

suplicio de los reos. Reflexionando luego con mas tranquilidad, segun su cabilosa y negra malicia, „¿qué otra cosa, dijo, pudiera mandarse mas conforme á los deseos de Estévan, que cortarle la cabeza? Estoy persuadido de que á esto se dirigen sus mas dulces ansias desde que está en la prision.”

Por la tarde mandó llamar á dos hermanos de los principales de la corte por su clase y su talento: „id, les dijo, al pretorio: haced una visita de mi parte á Estévan de Ausencio, y nada omitais de cuanto pueda persuadirle el buen afecto que profeso á su persona. Acabo de sacarle de las puertas de la muerte. Esta gracia merece que use conmigo de alguna deferencia. Mas no, no tendrá ninguna: conozco bien la dureza de su genio. Prorrumpirá en vituperios y anatémas injuriosos. No obstante, si se atreve á hacerlo, tratadle como merece, y dadle tantos golpes que fallezca luego que os hayais retirado.” Partieron los dos señores para egecutar esta orden bárbara; mas luego que vieron al Santo, quedaron penetrados de una veneracion tan profunda que se postraron para besarle los pies y pedirle su bendicion. No tardó mucho el Emperador en saber esta conversion repentina, y luego que llegó á su noticia, salió de su aposento como un frenético, corrió por todo el palacio, y exclamó en el vestibulo: *socorredme, me hacen traicion, todos me abandonan.* Llegaron muchos cortesanos y rodearon apresuradamente su persona. „Retiráos, les dijo: yo no soy vuestro Emperador: hay otro á quien han besado los pies y pedido la bendicion.

¿Qué! ¿no habrá alguno que sea capaz de egecutar mis órdenes? ¿no se hallará un vasallo fiel que abrace mi partido contra el gefe de los abominables, y que tenga valor para arrancar la vida á ese miserable Estévan?”

Apenas hubo pronunciado este nombre, cuando una multitud de aduladores é inicuos salieron con furor, y corrieron á la prision, gritando con amenazas que les entregasen á Estévan de Ausencio. Esta novedad no causó ninguna sorpresa al Santo, el cual se habia despedido ya de sus hermanos, despojándose de todos sus vestidos monásticos, temiendo que sirviesen á los sacrilegios de la heregía, y reservándose únicamente la túnica de pieles. Lleno de serenidad se ocupaba pacíficamente en las cosas celestiales con los demás confesores. Presentóse sin temor á los cortesanos sus verdugos, y á egeemplo de aquel que dió la vida por su amor, les dijo: *yo soy Estévan á quien buscáis.* Le echaron en tierra brutalmente, ataron cuerdas á los grillos que tenia en los pies, y le arastraron de este modo por la calle. Todos se disputaban la ventaja de golpearle y hacerle nuevas heridas. Al pasar por delante de un oratorio antiguo de Santa Teodora, al lado de la primera puerta del pretorio, á quien el furor de los iconoclastas habia perdonado hasta entonces, quiso manifestar todavía con un acto de veneracion religiosa la fe por la cual derramaba su sangre. Un tal Filomato exclamó diciendo: mirad ese abominable que quiere morir como un mártir; y dirigiéndose aceleradamente á las bombas

públicas colocadas hácia aquella parte contra los incendios, arrancó una gruesa armella, é hirió con ella la cabeza del Santo, el cual espiró al instante. Apenas acabó Filomato de consumir el homicidio, cayó igualmente echando espumarajo por la boca, erugiendo los dientes, y agitado cruelmente del demonio, el que no le dejó hasta la muerte. Continuaron arrastrando el cuerpo del santo mártir hasta hacerle enteramente pedazos y esparcir por el suelo sus miembros y entrañas. El pueblo furioso repetía sus golpes sobre el cadáver. Por orden espresa del Emperador hicieron salir todos los muchachos de las escuelas públicas á fin de aumentar el número de los asesinos. Cualquiera que rehusase concurrir á esta escena feroz, era enemigo del César. En fin, arrojaron su cuerpo en un hoyo profundo, en el parage donde habia estado la iglesia de San Pelagio, ya destinado para sepultura de los delincuentes. Concluida tan bárbara expedicion, fueron los cortesanos llenos de satisfaccion á referirla al Emperador, el cual quedó tan gozoso que los hizo sentar á su mesa, y á cada circunstancia que le contaban del trato dado al Mártir antes ó despues de su muerte, manifestaba su alegría con grandes carcajadas.

89. Hubiera querido tratar del mismo modo á San Juan Damasceno, el mas terrible antagonista de los iconoclastas y de su falso concilio. Pero bajo el dominio de los mahometanos, menos inhumanos é impíos que este Emperador cristiano, se reía Juan de su furor y de los vanos anatémas que lanzaba contra

él por medio de sus prelados hereges. A lo menos es constante que este doctor, uno de los mas ilustres de su siglo, terminó pacíficamente su carrera, aunque no se sabe á punto fijo el dia de su muerte. Continuó infatigablemente sus doctas obras, tanto sobre la moral como sobre los artículos principales de los diversos dogmas; pues no limitó su celo á la refutacion de los hereges sacrilegos de su tiempo, á los cuales pudo confundir con facilidad por sus propios escesos. Esta es la causa porque debe causarnos poca admiracion el que ellos y su concilio, en perjuicio de la veneracion tan justamente debida á este ilustre doctor, hayan encontrado defensores y panegiristas en los falsos reformadores de los últimos siglos. Tales son los extremos á que reduce la primera licencia en dejar los caminos trillados de la Iglesia, y la necesidad de defender los sistemas y las novedades sustituidas á sus tradiciones.

90. El mas considerable de los tratados dogmáticos de San Juan Damasceno, es su esposicion de la fe ortodoxa; cuerpo entero de teología compuesto segun el método de Aristóteles, y el primer modelo de nuestros autores escolásticos. Está dividido en cuatro libros, el primero sobre los atributos de la Trinidad, el segundo sobre las obras así visibles como invisibles de la creacion. En él se estiende mucho acerca de las facultades de nuestra alma. Hablando de la libertad del hombre dice, que aunque nuestras acciones libres sean el objeto de la presciencia de Dios, la predestinacion sin embargo no impide la libertad;

porque el Señor no quiere el pecado, ni precisa la virtud. En el libro tercero trata con mucha exactitud del misterio de la Encarnacion; y en el cuarto de los sacramentos, dándonos un testimonio el mas brillante y enérgico de la fe de la antigüedad sobre la Eucaristía. „Si la palabra del Señor, dice, es todopoderosa: si, cuando dijo hágase la luz, se hizo inmediatamente: si, porque fue su voluntad, el mismo Verbo divino se hizo hombre, formándose un cuerpo de la sangre pura de una Virgen, ¿no pudo por ventura hacer del pan su cuerpo, y del vino su sangre? Y si me preguntais cómo el pan se convierte en cuerpo de Jesucristo, y el vino en su sangre, os responderé como el ángel á María: el espíritu sobreviene, y obra esta maravilla incomprendible... Sí, el cuerpo unido á la Divinidad es verdaderamente el cuerpo tomado de la Virgen, no porque descienda del cielo el cuerpo que subió á él, sino porque el mismo pan y vino se convierten en la carne y sangre de Dios. Si preguntais todavía el modo como esto se hace, no puedo responderos sino que Dios es Omnipotente, y su modo de obrar incomprendible.” En el tratado de las heregías, escrito por el mismo doctor, se hallan pruebas igualmente convincentes de la perpetuidad de la fe católica acerca de otros muchos artículos. Presenta hasta ciento y tres contra igual número de heregías. Los ochenta primeros son absolutamente los mismos que pone en su obra San Epifanio. El principal de los escritos morales de San Juan Damasceno es el de los paralelos, dividido en tres

libros, es decir, la comparacion de las sentencias de los padres con las de la Escritura. Compuso tambien muchos himnos de un mérito particular, pues merecieron ocupar uno de los primeros lugares en el oficio de los griegos.

91. Aunque los fieles ortodoxos gozaban de mayor seguridad bajo el dominio de los musulmanes, que bajo el imperio de Constantino Coprónimo, sufrieron sin embargo varias persecuciones de aquellos conquistadores celosos, luego que creyeron aseguradas sus conquistas (1). Se preciaban de una equidad inalterable y capáz, ya que no de atraer á sus delirios, á lo menos de hacer su yugo mas soportable, y borrar la memoria de sus antiguas usurpaciones (2). Los cristianos de Damasco se quejaron al califa Omar de que les habian quitado la iglesia de San Juan contra la fe pública, y él les ofreció en resarcimiento la suma de cuarenta mil dinars, que así llamaban los árabes al sueldo de oro de los romanos. No quedando satisfechos con estos ofrecimientos, solicitaron y obtuvieron la restitucion de la misma iglesia; y luego, mediante una composicion voluntaria, fue cedida á los musulmanes que la habian convertido ya en mezquita, con condicion de que abandonarían á los cristianos sus pretensiones sobre todas las demás iglesias. Todo esto no era mas que hacer ostencion de probidad, pero mal afectada y mal sostenida; porque al fin los discípulos de Mahoma, á egemplo de los demás sectarios, manifestaron su inconsecuencia.

(1) *Theophil.* pag. 334. (2) *Elmac.* cap. 15. pag. 77.

No contentos con exigir grandes contribuciones de los cristianos, hasta pedir un dinar por cada monje, y estender el mismo tributo á los reclusos y estilítas, les prohibieron luego en Syria bajo el gobierno de Salem, tio del califa Almanzor, el fabricar mas iglesias, esponer la cruz, y hablar de su religion á los árabes. Abdalla, otro tio de Almanzor, les prohibió el estudio de las letras. Sacaron de su poder los registros públicos que la ignorancia de sus vencedores les habia confiado en cuasi todos los ramos de la administracion. Pero la misma razon les obligó bien pronto á volvérselos. Sin embargo, en el reinado de Almanzor edificaron en Emesa una iglesia magnífica de San Juan Bautista, á la cual transfirieron su cabeza desde el monasterio de la Caverna, donde fue hallada en tiempo del Emperador Marciano.

92. En 25 de Abril de 757 terminó el Papa Estévan II con una muerte preciosa á los ojos del Señor cinco años de pontificado, ilustrados en los tiempos mas escabrosos con un celo eficaz por la gloria de la Iglesia, con una dichosa firmeza en sostener la tradicion y con una caridad inagotable. Las viudas y los huérfanos, los indigentes de todas clases, le hallaron siempre pronto á socorrerlos. Despues de haber restablecido en Roma cuatro hospitales enteramente abandonados, hizo edificar otros tres dándoles grandes rentas. Amó á los religiosos, y concedió á los de San Dionisio en Francia el privilegio extraordinario de tener un obispo particular para su monasterio: distincion con que fueron honradas an-

tiguamente otras abadías célebres, como la de San Martin de Tours, y aun la de Fulda la ha conservado cuasi hasta nuestro tiempo.

El afecto que profesaban los romanos á la persona de Estévan, se estendió á la de su hermano el diácono Paulo, á quien eligieron en su lugar cuando estaba mas distante de pensarlo. Hallándose ocupado en llorar la muerte del Pontífice su hermano y en celebrar sus exequias, el arcediano Teofilacto juntó gran número de partidarios en su casa para hacerse proclamar Pontífice. Pero la mayor parte de los magistrados y del pueblo fueron á buscar á Paulo al palacio Lateranense; y apenas fue enterrado el Pontífice difunto, la faccion de Teofilacto se disipó enteramente, fue ordenado Paulo el dia 29 de Mayo, y ocupó la Silla diez años. Su caridad no fue inferior á la de Estévan. Tenia un genio tan tierno y compasivo, que no podia ver personas afligidas sin alligirse con ellas, hasta proporcionarlas por medio de socorros eficaces el consuelo y la serenidad. Frecuentemente le sorprendieron de noche yendo á visitar á los pobres enfermos en sus despreciados albergues, llevándoles el alimento, y sirviéndoles en la cama. Visitaba igualmente á los encarcelados, y compraba la libertad de aquellos que estaban presos por deudas. Cuando se vió colocado en el trono pontificio, y en posesion de los ricos dominios que habian adquirido sus últimos predecesores, no fue menor su magnificencia religiosa en muchas fundaciones pías, en la construccion de diferentes iglesias, y en

los donativos innumerables con que las enriqueció.

Inmediatamente que fue electo Papa, escribió al Rey Pipino dándole parte de su exaltación, asegurándole de su afecto, y pidiéndole continuase protegiendo á la Iglesia romana. Le prometia al mismo tiempo en nombre de todo el pueblo romano que le seria fiel hasta derramar la última gota de sangre. Esta carta y las de algunos otros Papas del mismo tiempo, tienen la fecha del reinado de los Emperadores de Constantinopla, ya sea porque todavía se les consideraba bajo ciertos respetos como Soberanos de Roma, ó mas bien, por un respeto poco uniforme del uso antiguo.

93. El Rey Pipino ponía el mayor conato en no separar el interés del estado del de la Iglesia. En el año 765 hizo celebrar un concilio ó asamblea general de la nacion francesa en Attigni del Aine en la diócesis de Rems (1). Además de San Crodegango de Metz, que le presidia, se hallaron en él veintisiete obispos, tanto de los que estaban en actual egercicio, como de los retirados en los monasterios, y diez y siete abades. Dos años despues se celebró otro en Gentilli cerca de París. Del concilio de Attigni no nos ha quedado mas que la promesa recíproca que hicieron los prelados de mandar rezar despues de la muerte de cada uno cien salterios, de hacer celebrar cien misas por sus sacerdotes respectivos, y de decir ellos mismos treinta misas. Habiendo Constantino Coprónimo enviado embajadores á Francia para justi-

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 1701.

ficarse de las innovaciones escandalosas que trastornaban todo el oriente, y escitaban las mas vivas reclamaciones de parte de la Sede apostólica, fueron oídos en el concilio de Gentilli. Mas teniendo por imposible la defensa de una causa tan mala, procuraron distraer la atención de la asamblea proponiendo cuestiones relativas al dogma de la Trinidad, del cual no se trataba: acusaron á los latinos de que erraban haciendo proceder al Espíritu Santo del Hijo, del mismo modo que del Padre; y los reprendieron con mayor viveza por haber añadido la palabra *Filioque* al símbolo de Constantinopla. Disputóse larga pero inútilmente, segun todas las apariencias, pues no resultó decision alguna, á lo menos que haya llegado á nuestra noticia.

94. San Crodegango, célebre en el pontificado de Estévan II, á quien recibió en el viage que hizo á Francia, llegó á serlo mucho mas por la reforma que estableció en la vida canónica, que abrazaron desde su tiempo todos los canónigos, así como los monges habian ya admitido la de San Benito. Todos los clérigos se llamaban antes canónigos, ya fuese por hallarse alistados en el cánon ó catálogo de su iglesia, ya porque hacian profesion de vivir segun los cánones. Pero despues se entendian propiamente por canónigos aquellos que vivian en comun, á egeemplo del clero de San Agustin. Para esta especie de eclesiásticos compuso San Credegango su regla, tomándola, en cuanto le permitia la diferencia de profesiones, de la regla de San Benito, y de